

Libros perturbadores para niños: una categoría a la sombra... _____ Fanuel Hanán Díaz

Conferencia **Seminario Internacional de Promoción de la Lectura**
Placer de Leer Encuentros con la Literatura.
Fundación C&A – CEDILIJ. Buenos Aires, Argentina, octubre 2008.

Ante todo, quisiera comenzar esta charla agradeciendo a la Fundación C&A y al CEDILIJ la invitación para participar en este encuentro. En realidad, esta invitación ha servido como una excusa para darle forma a ciertas ideas que han rondado por mi cabeza durante mucho tiempo en relación a los libros para niños que considero perturbadores. Se trata de un tema que resulta inquietante para mí, no sólo por las vinculaciones con ciertos contenidos prohibidos en la literatura infantil, sino porque también me ha permitido constatar que existen muchos puntos muertos que han surgido en el proceso de pensar y escribir esta charla.

Me gustaría explorar esta categoría de libros perturbadores que considero poco tratados e incluso parcialmente marginados en la literatura infantil. Aquellos que producen una sensación de inestabilidad en la mente del lector, que dejan sensaciones amargas y que a veces pueden causar conmociones en nuestra psique porque son devastadores.

El riesgo que representa navegar estas aguas puede generar enormes turbulencias porque hay territorios que se comparten con otras categorías como el horror, la trasgresión y lo extraño. Por eso, voy a tratar de marcar fronteras para lograr una aproximación al tema que nos ocupa, no sin antes advertir que ésta no es una charla complaciente ni tampoco luminosa.

Para acercarnos a la perturbación es necesario tocar aspectos de la sombra que son repulsivos, violentos o intimidantes. No pretendo agotar esta discusión ni llegar a verdades inamovibles; probablemente ni siquiera haya suficientes elementos para pensar que existan tales libros perturbadores.

Lo que sí me parece conclusivo es reconocer que hay lecturas escabrosas y desestabilizadoras, que el mundo de los libros para niños no es, ni debe ser, enteramente idílico. Y que nosotros como mediadores debemos asumir que esas lecturas también son necesarias y benéficas, en la medida en que nos hacen pensar y

confrontarnos sin rodeos con aspectos que forman parte de la compleja experiencia de crecer y de vivir.

Bordes y fronteras de la perturbación

La idea de trabajar sobre este tema tiene su origen en una imagen. Como ustedes saben, desde hace tiempo he estado investigando sobre la lectura de imágenes, y uno de los principios que articulan parte de la selección que propongo para hacer ejercicios de lectura visual está vinculado con la sombra.

Precisamente utilizo un cuento clásico, la versión de Caperucita Roja de Charles Perrault. Al final de esta historia, a diferencia de la versión recogida por los hermanos Grimm, no viene ningún leñador que rescate a Caperucita del ataque del lobo... y podríamos decir que este final, abrupto, instala una zona inquietante. No se restablece el equilibrio en esa lucha entre el bien y el mal, no hay un cierre de final feliz.

Bruno Bettelheim propone una lectura muy particular de este relato en su libro *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. No sólo plantea los conflictos edípicos de la protagonista sino también el propio deseo de ser devorada, lo que resulta aún más inquietante. Abundantes claves aseguran la interpretación de esta versión, no como un cuento clásico de advertencia sobre el peligro real de los lobos que merodeaban cerca de muchos pueblos y aldeas, sino como una metáfora de otro tipo de lobos: el hombre seductor.

En realidad, Perrault quería advertir sobre el abuso sexual. Leamos la secuencia final de esta historia:

“Caperucita Roja se desnudó y se metió en la cama. Una vez dentro, al darse cuenta de las hechuras tan raras que tenía su abuela desnuda, se quedó bastante sorprendida.

—Abuela, qué brazos tan grandes tienes —le dijo.

—Son para abrazarte mejor, hija mía.

—Abuela, qué piernas tan grandes tienes.

—Para correr mejor, hija mía.

—Abuela, qué orejas tan grandes tienes.

—Para oír mejor, hija mía.

—Abuela, que ojos tan grandes tienes.

—Para ver mejor, hija mía.

—Abuela, qué dientes tan grandes tienes.

—Para comerte mejor.

Y diciendo estas palabras, el lobo se abalanzó sobre Caperucita Roja y la devoró.”

Quiero mostrarles dos imágenes que acompañan esta secuencia; se trata de las fotografías de Sarah Moon para esta versión. En ella, el libro cierra con una doble página donde podemos ver una cama desordenada en un ángulo poco usual, bañado por un juego de luces y sombras que se desliza entre las sábanas insinuando abiertamente un intercurso sexual.

He querido utilizar este ejemplo para ilustrar un aspecto vinculado con la perturbación: cómo se manifiesta de manera metafórica más que explícita en muchos libros para niños. Pero también cómo hay interferencias o coincidencias con otras categorías del discurso como el horror.

Los cuentos de hadas son especialmente depositarios de esta riqueza de contenidos arquetípicos y ancestrales, escenas, motivos y neurosis que dan cuenta de un aspecto importantísimo que quisiera explorar como primera dimensión de la perturbación.

El temor a lo desconocido representa uno de estos miedos ancestrales. La pérdida de la seguridad del hogar, el abandono y la separación de los padres son motivos angustiantes que se hacen recurrentes en muchos cuentos tradicionales. En los relatos donde los niños son protagonistas, el sentido de esta separación puede llegar a ser traumático porque el personaje no cuenta con las herramientas suficientes para afrontar la supervivencia en un mundo hostil.

La desobediencia, un motivo recurrente en estos cuentos, acarrea sanciones que pueden resultar desmedidas, como el abandono o la devoración. Penetrar un bosque prohibido, tomar un alimento ilícito o hablar con un desconocido instalan algunas de las advertencias que debe atender el héroe para lograr su destino.

En *El pájaro emplumado*, una variante del conocido cuento *Barbazul*, una joven que es secuestrada por un brujo recibe la estricta prohibición de abrir una habitación. Como prueba, le encomienda un huevo y un manojo de llaves. Pero, como siempre las mujeres tan curiosas, ella decide abrir la puerta prohibida. Allí se encuentra con una escena abominable:

“En medio de la habitación había un enorme cubo ensangrentado lleno de cadáveres descuartizados y al lado un tajo con una brillante hacha encima. Tuvo tal sobresalto de horror, que el huevo se le escapó de la mano y cayó dentro del cubo. Lo sacó y le limpió la sangre, pero en vano: al instante volvía a aparecer. Por más que frotó y lavó, la sangre no se iba.”

Realmente esta historia es escalofriante, y señala un aspecto de la psique vinculado a la sombra: el deseo de muerte o la muerte metafórica. De alguna manera,

penetrar una habitación repleta de cadáveres descuartizados crea toda una ambientación macabra, que puede perturbar a cualquier lector, como la más espantosa pesadilla.

Otro de los bordes que quisiera perfilar antes de entrar en el territorio más recóndito de la perturbación, tiene que ver con la trasgresión. Precisamente, durante el tiempo que he estado pensando y construyendo ideas alrededor de este tema, he comentado lo difícil que resulta precisar cuándo un libro es perturbador y si realmente podemos asegurar que son suficientes como para formar parte de una categoría. Casi siempre he encontrado que gran parte de las respuestas y de los ejemplos que he compartido en estas conversaciones tiene que ver con la transgresión o la subversión, lo que NO necesariamente significa el planteamiento de conflictos que pueden considerarse perturbadores.

Allison Lurie, en un divertido ensayo, *No se lo cuentes a los mayores*¹, hace un repaso por diferentes formas de subversión que emparentan la auténtica literatura infantil con la cultura de la infancia, desde las rimas procaces de la tradición oral hasta las irónicas respuestas de Alicia en el mundo del espejo. Creo que, cada vez más, los libros para niños derrumban ese dique de contención que los adultos luchamos por mantener incólume, bajo el preconcepto de que los niños son inocentes y de que se debe imponer una censura que los proteja de ciertos temas y los mantenga alejados de usos del lenguaje que consideramos impropios.

Dentro de esta tendencia encontramos la corriente de lo políticamente correcto, que tanto ha sido ironizada por James Finn Garner en sus Cuentos infantiles políticamente correctos. Realmente una parte de los libros para niños que se producen, y aquellos que los niños quieren leer, son libros poco complacientes, son libros que hablan de temas difíciles y ubican al lector en medio de situaciones controversiales.

Con seguridad, podemos afirmar que ya no existen temas tabú. Que esa distinción forma parte de un pasado teórico reciente; que prácticamente todos los temas han sido tocados en diferentes versiones en los libros para niños, incluso aquellos que parecieran más restringidos, como el secuestro, el odio racial, el matrimonio interétnico y la depresión.

En este momento quisiera contarles una historia que puede ayudarnos a fijar

¹ **No se lo cuentes a los mayores: literatura infantil, espacio subversivo.** Lurie, Alison. Fundación Germán Sánchez Ruipérez. 1998

esa frontera que se traza entre la perturbación y diferentes formas de subversión, emparentadas generalmente con el humor. Quizás esta lectura nos permita explorar otra arista del problema que les planteo como un interrogante: cuando hablamos de perturbación ¿nos referimos a lo que perturba a los niños o lo que perturba a los adultos? Es un asunto de recepción sobre el cual espero volver más adelante.

El libro que les quiero leer se llama *Rey y Rey*². No es necesario ahondar en el hecho de que este libro claramente subversivo no representa una amenaza a la integridad psíquica del lector pues plantea un tema de controversia, descrito bajo un tono muy desenfadado y con un final bastante feliz.

No existe una equivalencia, entonces entre libros transgresores y libros perturbadores. Una vez que hemos trazado unas coordenadas mínimas para separar la perturbación de otros territorios, me gustaría entrar de lleno en las diferentes formas en las que la perturbación se hace presente en los libros para niños.

Formas de la perturbación

Durante esta charla he hecho repetidas referencias a la perturbación, pero en realidad no he precisado los contornos de este concepto y tampoco he dilucidado el primer interrogante que tiene que ver con esta categoría. ¿Existen realmente libros perturbadores? Y si existen... ¿cuáles son sus rasgos distintivos? ¿O sería más apropiado hablar de formas de la perturbación o de lo perturbador en los libros para niños?

Para responder parcialmente esta interrogante, quisiera adelantar algunas características que considero inherentes a la perturbación, antes de describir algunas formas que indican sus manifestaciones más concretas.

Considero que la perturbación, en principio, es un fenómeno de recepción, ya que se activa de acuerdo con ciertos contenidos que están en el texto y ciertas experiencias que están en la psique del lector. Hay libros que en su conjunto tienen la particularidad de plantear indagaciones sobre aspectos que conforman la sombra colectiva, y es por esto que los asumimos como perturbadores. Hay libros que no son tan universales, pero tocan la sombra particular de un lector, y hay otros donde lo perturbador se entreteje como parte de la trama discursiva.

² **Rey y Rey**, HAAN, Linda, y STERN, Nijland. Serres. Barcelona, 2004.

Como fenómeno de recepción, la perturbación va ligada a la intolerancia que tenemos como lectores para aceptar nuestra sombra. Creo que, paradójicamente, somos los adultos quienes asumimos con mayor dificultad estos aspectos oscuros, que nos esforzamos por proyectar una imagen perfecta de nosotros mismos, que nos resistimos a incorporar esa sombra como parte integrada de nuestra personalidad.

La perturbación está fuertemente vinculada con esa sombra, que en términos junguianos se refiere a muchos aspectos disociados de la personalidad consciente, como la envidia, el deseo de muerte, el odio, la mentira, la traición, la guerra, la violencia gratuita, el desprecio, la burla, el rencor, el miedo, el ansia de dominio, el poder, la avaricia, los celos...y un largo etcétera de aspectos que muchas veces se encuentran reprimidos.

Para definir la perturbación, entonces, debemos hacernos la pregunta, en el caso específico de la literatura infantil, de si ella se genera desde la perspectiva del adulto o desde la perspectiva del niño. Creo que responder este interrogante puede ser algo irresponsable de mi parte porque es apenas una hipótesis que debe ser profundizada con estudios de recepción.

Volviendo al ejemplo de la versión de Caperucita de Perrault, recuerdo que Bettelheim afirma que los cuentos infantiles deben cerrar de una forma satisfactoria pues los finales abiertos (y sobre todo este final) dejan una sensación de angustia que puede perturbar enormemente a un lector infantil. Y profundizando un poco más sobre ello, seguramente hay lecturas que pueden generar abundante material para esas pesadillas nocturnas que tanto nos inquietan.

La perturbación, a diferencia de otros aspectos, tiene la propiedad de conducirnos a precipicios psíquicos, que desestructuran algo en nuestro interior o nuestra manera de asumir una experiencia o de evaluar el comportamiento humano. Esta sensación de inestabilidad nos conmociona de tal manera que puede acompañarnos por mucho tiempo hasta que nuestra mente consigue rearmar las piezas de esa nueva construcción que se ha instalado en nuestra conciencia. Por eso pienso que los libros perturbadores son significativos y necesarios para hacernos crecer, detonan cataclismos que destruyen parte de nuestros esquemas estables y reorganizan nuestro sistema de creencias. Por otro lado, la experiencia perturbadora puede ser mejor digerida a través de la ficción que plantean los libros y no como parte de un encuentro directo con la realidad.

Antes de volver al interrogante que he estado planteando acerca de si podemos considerar que exista una categoría que justifique la existencia de estos libros, me gustaría señalar algunos mecanismos que definen formas de la perturbación en la literatura infantil.

Uno de los libros más punzantes en la historia de la literatura infantil europea nace a partir de las ideas de un psiquiatra alemán; se trata del *Pedro Melenas*, de Heinrich Hoffmann, publicado en 1845. Este libro, cáustico y mordaz, de textos ágiles y humorísticos, plantea una serie de castigos ejemplares para los niños desobedientes. Uno de los aspectos más innovadores de esta propuesta tiene que ver con las imágenes, pues ya Hoffmann había ensayado con la figura de un personaje desgredado y con las uñas inmensamente largas para tratar a sus pacientes que llegaban en estado de shock a su consultorio.

En el fondo, este libro plantea una tesis bastante interesante, vinculada con el poder terapéutico de las imágenes en la mente infantil, desde el poder que ellas tienen para estremecer y aterrorizar.

Me gustaría contarles la historia del Chupadedos, un niño que desatiende la advertencia de su madre:

*“¡Conrado!, dice mamá.
‘Salgo un rato, estate acá,
sé bueno, juiciosos y pío
hasta que vuelva, hijo mío,
y no te chupes el dedo
porque entonces —ay qué miedo—
vendrá a buscarte, pillastre,
con las tijeras el sastre,
y te cortará —tris, tras—
los pulgares, ya verás.’
Sale doña Berta y ¡zas!,
¡chupa que te chuparás!
Se abre la puerta y de un salto,
entra a la casa, al asalto,
el terrible sastre aquel
que venía en busca de él.
Con la afilada tijera
le corta los dedos —fuera—
y deja al pobre Conrado
llorando desconsolado.
Cuando vuelve doña Berta*

*lo encuentra triste, en la puerta,
sin pulgares se quedó,
el sastre se los cortó.”*

La imagen de un personaje horripilante que irrumpe en la escena con unas enormes tijeras y la sangre que corre por los dedos recién cortados, no puede ser menos que espantosa. A mí, particularmente, jamás se me ocurriría chuparme el dedo después de haber leído esta historia.

Abundantes imágenes que percibimos como perturbadoras se recargan de esta fuerza por las referencias intertextuales, por un lado, y por el otro mediante el uso de lo que Max Ernst denominó la “enajenación sistemática”: imágenes insertadas en un contexto ajeno hacen surgir la chispa de lo extraño, lo que genera en el mayor de los casos sensaciones inquietantes. Lo podemos apreciar en la pintura metafísica de Giorgio di Chirico o en las propuestas surrealistas.

Veamos cómo algunas imágenes enajenadas pueden realmente evocar sentimientos muy difíciles de traducir, como la tristeza más profunda. Miremos este cuadro de *El árbol rojo*³, donde una niña siente el peso de una vida realmente asfixiante, y cuyo abatimiento se metaforiza en este inmenso pez en descomposición, de labios mórbidos y ojos lúgubres.

También la perturbación se instala en las composiciones desquiciantes de Greta la Loca, un libro que mira el mundo desde la perspectiva de una joven delirante y violenta. Aquí se reproducen escenas de *El jardín de las delicias de El Bosco*, pintura que aún hoy en día sigue siendo enormemente perturbadora por la representación del mal, las torturas infernales y el sadismo.

Temas inquietantes

Otras formas de la perturbación están vinculadas, obviamente, con el abordaje de temas inquietantes. Hay comportamientos del ser humano, como el suicidio, que son muy difíciles de digerir, especialmente en un público infantil cuyo gozo por la vida determina una parte inseparable de su horizonte inmediato. El tema puede resultar mucho más incomprensible cuando el suicidio recae en un personaje de ficción cuya desprotección logra crear lazos afectivos, como es el caso de *A trompicones*⁴, de Mirjam Pressler. Aunque al final cierra el duelo, quedan las heridas de muchos sentimientos de culpa que no se resuelven.

³ *El árbol rojo*. Shaun Tan. Bárbara Fiore, Cádiz, 2005.

⁴ *A trompicones*. Mirjam Pressler. Ed. Alfaguara, Madrid, 1992.

Dentro de esta esfera existen otros temas complejos de tratar y de asimilar, como el abandono de una madre, que deja a sus hijos para irse a vivir con su amante. Esto ocurre en *Chao*⁵, de Lygia Bojunga Nunes, relato que deposita un sentimiento bastante amargo y nos coloca en un juego de perspectivas donde somos protagonistas de la lucha sorda entre la madre y su hija, justo en el momento en que no hay posibilidades de regreso. Ciertamente es un libro controversial que abre puertas a otros debates y que sacude con un final coherente pero bastante duro.

Hay otros temas que resultan exóticos, yo diría que vinculados con el concepto de lo extraño. No representan conflictos cotidianos sino situaciones muy atípicas, que son contadas por personajes también muy atípicos. Pienso que estas lecturas abren las posibilidades de asumir otros roles como lectores; en ellas no se presentan realmente esquema conocidos como la lucha entre el bien y el mal, el viaje o la búsqueda. Reproducen vivencias de personajes más bien desapartados del colectivo, despreciados o con limitaciones.

Me refiero a libros como *Jesús Betz*⁶, donde se describen las vicisitudes de un niño que nace sin manos y sin pies, pero con una maravillosa voz. Todo, hasta el amor de su madre, se plantea como una adversidad que el personaje vive con dolor hasta que finalmente encuentra la felicidad.

Hay otras historias que plantean atmósferas enrarecidas, quizá como parte de la construcción de un mundo de ficción amenazante, tal es el caso de *Mi vida en la maleza de los fantasmas*⁷, del escritor nigeriano Amos Tutuola, donde un niño que huye de la guerra penetra la "maleza de los fantasmas" donde vaga durante muchos años, azotado por los castigos que le infligen diferentes razas de seres maléficos. Realmente la ambientación forma parte de un imaginario onírico y distorsionado donde se juntan numerosas creencias religiosas del pueblo nigeriano, pero también donde se encuentra un paralelismo con los escenarios del infierno católico. En este caso, la perturbación se muestra vinculado con lo extraño e incomprensible.

La exploración psicológica

Explorar lo laberintos de un conflicto psicológico para intentar entender esos resortes íntimos que mueven a un personaje a tomar una decisión o que describen el

⁵ **¡CHAO!**. Lygia Bojunga. Ilustraciones de Ivar Da Coll. Traducción de Irene Vasco. Grupo Editorial Norma. Bogotá, 2001.

⁶ **Jesús Betz**, Fred Bernard Ilustraciones de François Roca. Fondo de Cultura Económica. México, 2003.

⁷ **Mi vida en la maleza de los fantasmas**, Amos Tutuola, Siruela, Madrid 1990.

dolor con el que se vive un proceso también forma parte de los contenidos perturbadores. En *La casa de Lucie Babbidge*⁸, una niña huérfana se oculta en un sótano para jugar con una casa de muñecas destartada. En este juego solitario reconstruye poco a poco el día en que ocurre un terrible accidente sepultado en su memoria. Los planos narrativos magistralmente ensamblados crean una enorme confusión entre la dura realidad que vive Lucie en el orfanato y su recorrido psíquico. Pero también dosifica este complejo camino hacia la sanación.

En *La cuerda floja*⁹ la metáfora del laberinto se superpone a la búsqueda de la protagonista en el interior de su psique para abrir la puerta a recuerdos que son dolorosos pero necesarios de confrontar. El mundo paralelo que se plantea, donde un pasillo se abre con sus infinitas posibilidades, trae consigo la angustia por saber qué descubrirá María en cada nueva puerta que se abre, pero también cómo se acerca poco a poco a un terrible acontecimiento que se niega a aceptar.

Develar estas capas, implica exponer un recorrido que inevitablemente se detiene en parajes desoladores y en experiencias que pueden ser aplastantes, como la incomprensión de una pérdida, el dolor de un sentimiento herido o el descubrimiento de la crueldad en toda su extensión.

Debo comentar que hay dos libros muy extraños que he leído durante los últimos años, uno de ellos es *Pobby y Dingam*¹⁰, del inglés Ben Rice. También aquí se plantea una exploración psicológica, ya que el narrador cuenta la vida de su pequeña hermana quien asegura tener dos amigos imaginarios. La aspereza que envuelve la historia, en el contexto de un pueblo de mineros y una familia obrera, contrasta con esas posibilidades irreales de creer en algo distinto y quizá más poético, pero que forma parte de una esquizofrenia.

Este libro perturba porque hace pensar y es conmovedor, y aunque deja una salida esperanzadora, el narrador no se detiene en descripciones románticas sino que confirma la aspereza de un mundo que tiene leyes implacables. Al final, un maravilloso ópalo de color del fuego sirve como tributo para pagar el cortejo fúnebre de estos amigos imaginarios, Pobby y Dingam, pero con ello también se desacredita la magia en un mundo donde la fe queda sepultada por la ambición del dinero.

⁸ **La casa de Lucie Babbidge** Sylvia Cassedy. Norma Bogotá Colombia 1992. Colección: Torre de papel Serie: verde.

⁹ **Cuerda floja** BOJUNGA, Lygia. Ed. Norma. Bogotá. 1998.

¹⁰ **Pobby y Dingam**, Ben Rice. Editorial Planeta. Barcelona. Noviembre 2000.

Entre las formas de la perturbación, quizás una de la más sofisticada tiene que ver con la creación de mundos paralelos que pueden realmente deconstruir las coordenadas del tiempo y del espacio, tal como funcionan en nuestro estable universo cartesiano.

Algunas propuestas desarrollan la posibilidad borgiana de creer que el mundo en que vivimos es, a la vez, un mundo de ficción inventado o soñado por otro. Este recurso puede servir de marco para reflexiones ontológicas, como es el caso de *El mundo de Sofía*¹¹, de Justin Gaardner, pero también pueden hacer tambalear la seguridad misma de una ficción, es decir, puede volverse metafictional o, si se quiere, más bien antimetafictional, como sucede en *El misterio de Crantock*¹², del argentino Sergio Aguirre. Desde la perspectiva asumida, no sabemos como lectores cuál puede ser este terrible misterio que se oculta en el apacible pueblo de Crantock, hasta que descubrimos que todo lo que ocurre es movido por los hilos invisibles de un personaje de ficción.

*Coraline*¹³, de Neil Gaiman, plantea la disolución progresiva del mundo paralelo donde una madre siniestra pretende encerrar para siempre a una niña, que se ve impelida a cruzar una puerta que se supone clausurada. Los motivos del umbral y la existencia de un mundo que cohabita con la realidad cotidiana ponen al descubierto una dimensión completamente macabra, donde se indagan deseos inconscientes. A medida que Coraline va dominando estos impulsos, el mundo que ha construido la figura de su madre postiza comienza a derretirse y a perder consistencia, lo que genera una enorme inquietud; los contornos se desdibujan y los objetos se desvanecen como símbolo de la desintegración mental.

El descubrimiento de un secreto

Existen, como he podido señalar, abundantes formas de plantear la perturbación en la literatura infantil. Sin embargo, para mí, una de las más poderosas está vinculada con el enfrentamiento que el protagonista debe tener con una verdad que se revela, en la mayoría de los casos de manera imprevista. Descubrir un secreto puede significar una experiencia devastadora. Muchas veces esta revelación sucede

¹¹ **El mundo de Sofía.** Jostein Gaarder. Ediciones Siruela. Bogotá, 1994.

¹² **El misterio de Crantock.** Sergio Aguirre. Ed. Norma. Bogotá, 2004.

¹³ **Coralina,** Neil Gaiman. Salamandra. Barcelona, 2002.

de manera fortuita, como parte de un proceso de búsqueda; en otros casos, los enigmas se ocultan en claves que el protagonista no alcanza a descifrar, ya sea por su inexperiencia o por su deseo de mantener un mundo feliz.

En *El curioso incidente del perro a medianoche*¹⁴, el segundo libro más extraño que he podido leer en los últimos años, escrito por Mark Haddon, se cuenta la historia de un niño discapacitado que decide investigar quién mató al perro de la vecina. En esta pesquisa encuentra pistas que le revelan otros misterios más escabrosos acerca de su vida, como el hecho de que su madre no había muerto en realidad sino que vivía con otro hombre, y que su padre había intentado protegerlo, pero a un costo muy alto.

Hurgar en el pasado familiar y abrir gavetas donde se guardan secretos penosos constituye uno de los recursos más potentes de la perturbación. Muchas veces, después de estas revelaciones los personajes, y también los lectores, pierden su inocencia.

En *Las visitas*¹⁵, de Silvia Schujer, uno de esos libros que llegaron a mis manos por casualidad, el protagonista va descubriendo poco a poco verdades que son punzantes, como el hecho de que su padre nunca se había ido de viaje sino que pagaba una condena en la cárcel y que su madre oculta una relación amorosa. Resulta aún más perturbador el final donde se enfrenta al hecho de que su mejor amigo es realmente un hermano no reconocido. La verdad resulta, en estos casos, abrumadora.

Finales poco esperanzadores

Para mí siempre ha sido importante la manera como cierra una historia. Como lector y como crítico, siempre evalúo o siento cómo el final de un relato me impacta, me seduce o me decepciona. En ese sentido, he constatado que uno de los aspectos que puede generar mayor perturbación en un libro infantil tiene que ver con los finales abiertos, pero no todos los finales abiertos sino aquellos que cierran las posibilidades de que el o la protagonista pueda escapar de su propia miseria.

Veamos un poco cómo se plantean los finales de dos libros controversiales. El primero de ellos es *El Abrazo*¹⁶, de Lygia Bojunga Nunes, donde se asume un tema espinoso y difícil, la violación, pero aún más atrevido cuando se cuenta desde la

¹⁴ **El curioso incidente del perro a media noche.** Mark Haddon. Salamandra. Barcelona, 2003.

¹⁵ **Las visitas,** Silvia Schujer. Editorial Alfaguara. Buenos Aires, 1991.

¹⁶ **El abrazo.** Lygia Bojunga. Norma. Bogotá, 2003.

perspectiva de una víctima que decide repetir la experiencia como parte de una psicopatía que la conduce a un encuentro con su propia muerte:

“El jardín desaparece en la oscuridad, pero Cristina aún percibe una corbata (¿gris?) que sale del bolsillo rojo. Quiere volver a gritar, pero la corbata calla el grito, y ya no sirve de nada que los pies quieran hundirse en el suelo y que las manos quieran escapar: el hombre domina a Cristina y las manos de él la jalan, sus rodillas la empujan, todo el cuerpo de él la presiona hacia el bosque. La tumba en el suelo. Se monta sobre ella. La oscuridad lo cubre todo. El hombre aprieta la corbata en su mano como si fuera una rienda. Con la otra mano arranca, rasga, se libra de cuanto tela encuentra en su camino. Ahora el hombre es todo músculo. Crece. Sólo afloja la corbata después del gozo. Cristina apenas logra tomar aliento: ya siente la corbata en su cuello y enrollándose en un nudo. Que aprieta. Aprieta más. Más.”

Otro final que deja esa sensación de intemperie, de inseguridad, está contado desde la perspectiva de una niña de la calle en un libro bastante crudo que se llama *En la oscuridad*¹⁷, del brasileño Julio Emilio Braz:

“Epílogo

La plaza crece frente a mis ojos. Nunca me había parecido tan grande como ahora, cuando todavía lloro por Doca. Un llanto inútil. Tonterías de un corazón lleno de dolor y de miedo, de mucho miedo. Puedo ir con Pegador. Puedo quedarme sola. Puedo ir con las otras niñas. Puedo ir a la Institución para menores. Puedo simplemente dejar de pensar y dejar que la vida me lleve. ¿No es lo que siempre hace? Voy a la iglesia. ¿Será que yo voy a encontrar a Dios? Bueno tal vez... Pero sólo tal vez. No importa. Tal vez encuentre un poco de paz, algunas monedas. Es mejor no forzar la suerte. ¿Para qué querer más? No es posible querer más. Doca... Doca... Doca. Tengo miedo, mucho miedo. La ciudad es oscura. Las calles están llenas de gente. Pero las personas pasan presurosas. No miran. No piensan. No ven. Pasan como pasa el tiempo, las cosas buenas, las cosas malas. Estoy creciendo. Tengo miedo. ¿Estoy comiendo? No sé. Todo es tan difícil. Amaneció lloviendo.

Ya me voy, voy a ver que puedo hacer para seguir viva.”

Para concluir este breve repaso por este tema fascinante pero complejo, que

¹⁷ **En la oscuridad.** Julio Emilio Braz. Fondo de Cultura Económica. México, 1991.

tiene abundantes aristas y, a su vez, es inasible, me gustaría volver a la pregunta que he formulado desde el comienzo: ¿existen realmente libros perturbadores? Y si existen ¿cuáles pueden ser sus rasgos visibles, cómo los podemos distinguir? Sostengo que, como afirma Tzvetan Todorov, el semiólogo búlgaro recientemente ganador del premio Príncipe de Asturias, que los géneros son como casillas de libros posibles, libros que pueden existir y libros que nunca existirán, aunque los hayamos pensado. Teóricamente podríamos plantear que existen estos libros perturbadores y, aunque sólo podamos reconocer estos rasgos al menos en un libro, la categoría encuentra justificación.

Sin embargo, pienso que más allá de un debate, probablemente infructuoso, sobre la teoría del género, resulta más edificante entrar en contacto directo con libro bastante perturbador¹⁸.

Espero no haberles dejado, con esta lectura, un mensaje desolador, pero sí haberlos hechos pensar en estos raros y extraños libros que pueblan ese universo no tan idílico de la infancia.

Muchas gracias.

¹⁸ Nota del editor: en este punto el conferencista leyó **Juul**, de MAEYER, Gregie de. (1996). Madrid: Lóguez.

Bibliografía

- AGUIRRE, Sergio (2004). El misterio de Crantock. Bogotá: Norma.
- AGUIRRE, Sergio (2000). Los vecinos mueren en las novelas. Bogotá: Norma.
- BATTISTINI, Matilde (2004). Symboles et allégories. París: Hazan.
- BETTELHEIM, Bruno (1978). Psicoanálisis de los cuentos de hadas. Barcelona: Crítica.
- BERNARD, Fred y Francois ROCA (2001). Jesús Betz. México: Fondo de Cultura Económica.
- BOJUNGA, Lygia (2007). ¡Chao! Bogotá: Norma.
- BOJUNGA, Lygia (2003). El abrazo. Bogotá: Norma.
- BOJUNGA, Lygia (1998). Cuerda floja. Bogotá: Norma.
- BOYNE, John (2006). El niño con el pijama de rayas. Barcelona: Salamandra.
- BRAZ, Julio Emilio (1991). México: Fondo de Cultura Económica.
- BRUEL, Christian y Anne BOZELLE (1980). Historia de Julia que tenía sombra de chico. Estocolmo: Nordan-Comunidad.
- CASSEDY, Silvia (1992). La casa de Lucie Babbidge. Bogotá: Norma.
- CIRLOT, Eduardo (1997). Diccionario de Símbolos. Madrid: Siruela.
- DE HAAN, Linda y STERN, Nijland (2004). Rey y Rey. Barcelona: Serres.
- DIAZ, Fanuel Hanán. "Variaciones en el tratamiento del tema de la muerte en la literatura infantil". En: Revista Latinoamericana de Literatura Infantil. No 4, 1996. Bogotá: Fundalectura.
- FINN GARNER, James (1997). Cuentos infantiles políticamente correctos. Circe: Barcelona.
- FREUD, Sigmund (1999). Totem et tabou. París: Editions Payot.
- GAIMAN, Neil (2002). Coraline. Barcelona: Salamandra.
- GAIMAN, Neil (2003). El día que cambié a mi padre por dos peces de colores. Madrid: Norma.
- GOLDING, William (1998). El señor de las moscas. Madrid: Alianza.
- GRIMM, Jacob y Wilhem (1984). El pájaro emplumado. II.: Marshal Arisman. Madrid: Anaya.
- HADDON, Mark (2003). El curioso incidente del perro a media noche. Barcelona: Salamandra.
- HOFFMANN, Heinrich (1987). Pedro Melenas. Palma de Mallorca: José J. de Olañeta, Editor.

Fanuel Hanán Díaz

Escritor, crítico, investigador y docente venezolano. Licenciado en Letras por la Universidad Católica Andrés Bello (Venezuela) y magister en Ciencias y Artes Aplicadas. Fue pasante en la Jugendbibliothek de Munich (Proyecto UNESCO), donde trabajó sobre libros antiguos para niños y la lectura de imágenes. Publicó artículos y libros de su especialidad y dirige la revista Barataria. Es Profesor del Máster de Literatura Infantil, Universidad de Barcelona y Banco del Libro, también dicta Escritura Creativa en el curso virtual de CERLALC. Coordinó el Departamento de Selección de libros para niños y dirigió la revista Parapara (Banco del Libro). Dictó conferencias y talleres en Argentina, Colombia, Costa Rica, Chile, Ecuador, Honduras, México, Perú, Puerto Rico, Uruguay y Venezuela. Obtuvo dos veces el Premio Nacional de literatura infantil de su país. Algunas de sus obras figuraron en Los Mejores libros para niños del Banco del Libro. Postulado por Venezuela para la Lista de Honor IBBY 2008.